

sión de los placeres" tiene de los dos tipos de marginados y es más cruel porque la putilla atemorizada no pasa de los quince. "Trágica historia de un pobre amante" es la más dura y es lástima que tenga un cierto tufillo moralista que, aunque seguramente involuntario, no deja de ser molesto: es un marica que se quiere "curar" y da la impresión de que se defiende ese deseo y, qué pena, no lo consiguió.

Hay también melodramas heroicos como "La prostituta que murió sin luchar", una buena amante que necesita la calle de sus tiempos pasados y que acepta la muerte como si fuera un castigo merecido. Dos guapas rubias ponen la nota de humor en "El tino del braguero": es un palo inteligente, divertido, y por eso a uno no le gustaría que las cogieran, se merecen estar por ahí engañando a joyeros estúpidos.

En "El crimen del hotel Manila" el periodista es protagonista de una historia en la que hay que investigar y en la que la amistad policía-redactor tiene un no sé qué de sospechoso. Es la misma sospecha que provoca la historia de la chica que muere tras un aborto clandestino en la que un policía, tan bueno, "sintió cómo dentro de él crecía la náusea". Pero son ligeras vacilaciones "acratoides", como dicen algunos. Las desventuras del moro Hamed Lahasen Mohamed, víctima inocente del aparato burocrático-represivo, compensan la balanza.

En resumen: el libro de Martí Gómez es un interesante mosaico de sucesos escritos con agilidad, rescatados de las tristes plumas de negros periodistas burocratizados. Un mosaico con guiños literarios sudamericanos que hasta hacen gracia. Un mosaico de gran valor sociológico, con algunos aciertos narrativos, que sirven de contrapunto a las otras historias, las que todos quieren escribir. ■ G. GOICOECHEA.

CANCION

Lole, Manuel y los Montoya: magia gitana

Lole y Manuel constituyen, sin duda alguna, uno de los fenómenos más dignos de mención y estudio que la "nueva

canción andaluza" o "flamenco actual" —por situarlo en unos lindes orientativos— ha deparado en los últimos tres o cuatro años. Ahora, la pareja de artistas ha vuelto a las fuentes del canto y del baile gitanos en un espectáculo titulado "Nuevo día", en unión de la familia de los Montoya, que está obteniendo triunfo tras triunfo en los diversos lugares donde se presenta. En Madrid, en el teatro de la Latina, castizo y verbenero, habitualmente ocupado por las revistas de tercer grado y las hortereces de moda, Lole y Manuel demuestran tener razones para el éxito. La voz de Lole es, cabría decir, fluida y armoniosa, rítmica y envolvente, llamativa y firme. Conoce ella, además, el dominio de ese lenguaje de sílabas y matices

que hacen que una canción esté bien interpretada. Su figura estilizada y destumbrante ayuda a crear en ella, especialmente cuando sus largas manos elevan al cielo los dedos, entre mil figuras arabescas, buscando el contacto del misterio. Si el baile suyo adolece del punto de frialdad que a veces su voz también arrastra, ello no entorpece generalmente el que su personalidad artística sea capaz de inspirar admiración y respeto, aunque no siempre emoción. El caso de Manuel Molina es radicalmente distinto, y no es de extrañar, por ello, que el resultado de tal síntesis sea tan fecundo y complementador. Manuel, compositor, guitarrista y sólo ocasionalmente cantaor, es puro sentimiento, fibra nerviosa en estado puro, corazón transplantado a garganta. Su entrada en escena, después que Lole interpreta en árabe un hermoso tema que descubre las raíces norteafricanas del flamenco —y viceversa: las "hondas" de la música arábiga—, es fulgurante por lo profundo, quebradizo y frágil de su voz; por lo humano y hermoso que de ella se desprende. Es una de esas raras ocasiones en que un sonido, un artista llega verdaderamente, pone los pelos de punta, la car-

ne de gallina y el nudo en la garganta. Y ya ha dicho alguien —en opinión que uno comparte ampliamente también— que es privilegio y función del arte el conmover al espectador.

Pues bien, el espectáculo "Nuevo día" conmueve al auditorio. Le hace vibrar, moverse, participar. Se trata, por lo demás, de un montaje escénico colectivo, comunitario, total, como es la entrega y el sentir de esa raza gitana que se expresa pura, incontaminada, en sus más vitales y genuinos usos y costumbres. Hay baile, juerga, alegría desbordante en ocasiones; hay ternura, amor, pasión siempre. La vasta "troupe" de los Montoya —desde las chiquitas de tres o cuatro años a los más veteranos y abuelos— no necesitan representar sobre el escenario sus maneras, sus costumbres: simplemente las reviven. ■ ALVARO FEITO.

DISCOS

Salvador y sus bananas

Por fin sale a la calle un LP de Salvador, el prestigioso y habilísimo guitarrista que fue alma y esencia del conjunto Banana, y que se ha decidido a emprender la aventura del trabajo en solitario. Desde luego, no es que toque él solo en este disco; está acompañado por otros profesionales de talla, entre los que cabría destacar a Jorge Pardo en el saxo, Alvaro Chévere a la percusión, Javier Benet a los teclados, etc. Pero la idea del disco, su unidad musical, el concepto entre jazzístico y rockero, así como la parte más importante, que es la interpretación a la guitarra, son obra de Salvador y responsabilidad íntegra suya.

"Banana", el LP pulcramente editado por Polydor, es insólito, tanto como el propio Salvador. No tiene absolutamente nada que ver con lo que en nuestro país se suele vender como rock, y, sobre todo, nada que ver con el llamado rock madrileño. Se trata de un álbum muy profesional y muy técnico, donde todo está pensado para sacar el mayor lucimiento posible a la guitarra de Salvador, que por cierto toca como los ángeles. Aunque él guste de presentarse como un músico comercial, sin más, yo creo que peca de excesiva modestia y también de un ligero desajuste



Lole y Manuel.